—Abusará vd. pues, del cariño que ha llegado á conquistar y de la confianza que le dispensa.

—Y qué?

—¡Que eso no es honrado!

—¡Y á vd. que le importa!

No sé que respuesta inspirada por la rabia llegó hasta mis labios contraidos y trémulos; pero venció en mí el deseo de tomar alguna venganza cierta y terrible de todos los ultrajes que había recibido mi corazón, y pude dominar la ira, sobreponiéndome á mis naturales inclinaciones.

—Me apena por vd., dije hipócritamente, cuando pude hablar; porque además, en cierto modo falta vd. á lo que debe al Sr. Vaqueril.

—¿Lo que le debo? repuso Miguel bajando la voz; pero siempre con enérgico entono. ¿Y que le debo?

¡Al fin Vaqueril había conseguido que su discípulo aprendiera algo, y que se dejara para los discursos y las odas las teorías del Colegio!

XVI

El angel.

LA copa estaba llena hasta los bordes, y sólo faltaba para derramarla una gota más de amargo veneno. Yo llegué con mi corazón honrado y puro á aquella ciudad, lleno de esperanzas, ageno de envidias, excento de ambiciones, como no fueran las nobles que estimulan y alientan para adquirir por medio del trabajo la felicidad que no saben conseguir ni la falaz fortuna ni la aventurera audacia; pero todo conspiraba á malear mis sentimientos, y si gracias al cielo, mi corazón no llegó á corromperse irreme-

diablemente, llegó si á enfermarse, y heridas recibió de que aun conserva las rugosas cicatrices. ¡Quizá por esto parece como que encuentro disculpas en mi conciencia!

¡Calumnias todo lo que de Remedios se decía! Miguel podía creerlo, puesto que no tenía las pruebas de su engaño, como yo; pero cuando su primera falta consistía en amar á Miguel ó fingirlo ¿qué duda podía yo alimentar como esperanza?

Faltaba una gota y aquella misma tarde cayó en el vaso. Llevóme mi mala fortuna á la calle del Insurgente, que tenía poder de atraerme como abismo, y llevóme en momentos en que mi cabeza ardía hecha un horno á influjos de las noticias de la mañana, mil veces repasadas en la mente con los colores que sabía darles mi vivaz imaginación. Pienso que estuve entónces á punto de perder el juicio, si ya no es que se rompió pasajeramente el concierto de mi razón; ello es que al verme frente á la casa de Remedios, la puerta de par en par, tranquila y callada en lo interior, y allá en el fondo del patio la escalera sola y como invitándome á subir por

ella, sin preguntarme el objeto ni tener cuenta con lo que hacía, entré, subí y avancé por un corredor adelante.

Una criada me detuvo, preguntándome á quien buscaba.

—A la niña, contesté.

—Está acostada, me dijo.

—Dígala vd. que Juan Quiñones desea hablarle un momento.

—No puedo avisarle, repuso la criada; me ha dicho que la deje descansar.

—Esperaré á que se levante, pasaré á la sala.

La criada no se movió,

—No se puede, me dijo.

—Pues esperaré aquí, repuse impaciente y colérico.

La mujer se puso inquieta y miró hacia la puerta de la sala como temerosa.

—Señor, dijo bajando la voz, tengo órden de no dejar entrar á vd.

—¡Orden! exclame retrocediendo ¿orden de quien?

La mujer se turbó y después de dirigir otra mirada á la puerta, contestó:

—De la niña.....

Seguí retrocediendo....llegué á tomar la escalera y me puse en la calle.

El resto de la tarde y las primeras horas de aquella noche, son un borrón negro en el libro de mi memoria; y no pudiera ser de otro modo, puesto que tengo para mí que anduve durante tales horas fuera de toda razón y ageno á racional discurso. Puedo apenas recordar que recorrí calle tras calle, la mayor parte de las de la ciudad, que fuí á mi cuarto un instante, que tropecé con algun conocido á quien no hice caso cuando trató de detenerme, y en fin que estuve en movimiento incesante, sin objeto ni propósito, hasta las doce de la noche, hora en que me encontré frente á la casa de Remedios.

Me parece; al escribir estas líneas, como que siento aún el viento de aquella noche de Noviembre, azotándome el rostro abrasado por la fiebre, y llevando á mis ojos el polvo sucio de la desierta calle. Zumbaba en las rejas de las ventanas con triste rumor, cada bocanada de aire que pasaba como estrechándose y encogiéndose entre los muros de los

edificios; y á lo lejos se oian, ya los golpes de alguna muestra suspendida sobre la puerta de un establecimiento, ya el ladrido monótono y tenaz de un perro, ya las pisadas de uno que otro agente de policía que de tarde en tarde se movían perezosamente de su sitio. La luna en menguante derramaba sobre la ciudad una luz descolorida y enferma, en los cortos intervalos que la descubrian las densas y encadenadas nubes, que arrastradas del viento, cruzaban el cielo con rapidez fantástica.

Apoyadas en la pared las espaldas, miraba yo fijamente un rayo de luz que se escapaba por las entornadas puertas del balcón de Remedios, y así permanecí algunos minutos, pensando ó dejando quizá vagar mi imaginación al impulso de sus poderosas alas. Al fin dí un paso adelante, y la pisada resonó en el suelo lúgubremente, sobresaltándome de un modo extraño, y produciéndome nervioso escalofrio que recorrió todo mi cuerpo. ¿Tenía yo miedo? ¡Miedo aquella noche! ¡Miedo cuando estaba mirando como última demostración de la vergüenza de mi

ángel, el balcón aun abierto, y aun no muerta la luz de su cuarto á hora tan avanzada! Sin embargo; no sé porqué el ruido de mis pasos me infundía uno como terror, y para llegarme á la ventana que estaba bajo el balcón, anduve atentada y cautelosamente. Subí por la reja, y haciendo un peligroso y rapido movimiento logré alcanzar la barandilla, por donde, gracias á mis fuerzas ejercitadas en los arboles más altos de los bosques de San Martín, pude en breve trepar al balcón. Al poner en él los piés, una ráfaga violenta de aire polvoroso y frío llevóme el sombrero de la cabeza á la calle, derramando sobre mi frente el cabello desordenado La respiración agitada y ansiosa me sofocaba, quizá por la fuerza gastada en la ascensión; pero más probablemente por los innumerables temores que asaltaban á mi corazón, tal vez fundidos con algo de esperanza vaga, débil é inconociente!....

Empujé una hoja de la puerta, que cedió sin ruido, y entré cerrándola tras mí. ¿Por qué me detuve á dos pasos del balcón, sintiendo emoción tan nueva y temor tan sin-

gular é insólito? ¿Porqué mi entereza y mis rencores flaquearon cobardemente ante un lecho, un sencillo tocador y algunos muebles que decoraban el cuarto? Aquel lecho parecía el nido que una paloma blanca forma con sus propias plumas; las tersas almohadas, mostraban en leve hundimiento el sitio en que solía más á menudo descansar la cabeza de la niña; las caladas colgaduras pendientes del techo, caían en anchas ondas como celosas de velar la pudorosa desnudez, y las sábanas recogidas por la cabecera, parecían esperar con impaciencia el tibio cuerpo que acariciaban y envolvían en sus delgados pliegues. El dulce olor que yo sentía y me embriagaba poco á poco, no era el perfume de tocador derramado adrede sobre la alfombra para embriagar el sentido: era la fragancia que brota del cáliz de una flor abierta; pero de una flor desconocida, superior á las azucenas de mis campos, y con más suave aroma que los bosques verdes de mi niñez, que juntan en el arroyo las de todas las cortezas, ojas y florecillas que cubren á los frondosos arboles.

A deshora, formando desapacible contras-

te, ví dentro de un marco pegado á la pared, una cara descompuesta, de ojos extraviados y torvos, el pelo á la frente, contraidos los labios, fea y temerosa. Eché atrás el cuerpo con instintiva repugnancia, y al moverse también la imagen, reconocí que era la mía, retratada en el espejo del tocador. Llevéme la mano á la frente para apartar el cabello, y sentí el deseo, la necesidad de serenarme, de estar hermoso, de no sé qué más: creo que de ser bueno mientras permaneciera en aquella alcoba.

De tal suerte me dominó este temor extraño, este respetuoso sentimiento, que ni me dí cuenta de él, ni pretendí tampoco sofocarle. Quizá habría llegado á intentarlo y aun á conseguirlo si para ello tuviere tiempo; pero aun no vencido mi estupor, la puerta de la sala se abrió y Remedios apareció en el dintel, mientras yo, por un movimiento instintivo, retrocedí como en fuga. Lanzó ella un grito ahogado, y echándose atrás cerró la puerta con violento golpe; pero sin duda me había reconocido, pues muy en breve ví detrás de los vidrios sus ojos azorados que

me miraban con asombro de hito en hito Así permanecimos un instante; ella temerosa y como resistiéndose á creer lo que veía; yo trémulo, quizá avergonzado, sin atreverme á hacer el menor movimiento.

Al fin la puerta volvió á abrirse, y la jóven asomó la linda cabeza sin soltar la hoja que con ambas manos detenía:

—¿Juan?. . . .murmuró en voz baja y temblorosa.

—Yo soy, respondí mirando la alfombra.

—¿Tú?. . . .¿pero qué haces aquí?

No encontré qué contestar y Remedios, avanzando un paso y presentándose á mis ojos con toda su gallardía, me preguntó con más viveza.

—¿Por donde entraste?

—Por ahí, contesté débilmente, señalando con ligero movimiento el balcón.

La niña retrocedió de nuevo, como si esta vez tuviera miedo de mí, y agarrando la hoja abierta

—¿Pero á que has venido? me dijo con desconfianza.

Su actitud, su semblante y su acento, de-

mostrándome claramente el temor que le inspiraba mi presencia, me lastimaron el corazón. ¡Era la vez primera que Remedios me tenía miedo!

Atrevíme á dar un paso, y con voz cariñosa le dije:

—No te asustes; vengo á buscarte, porque necesito verte y hablar contigo, aunque sólo sean unas cuantas palabras. ¿Porqué desconfias de mí?

La joven no contestó; entró en la alcoba con franco y natural paso; pero al llegar á un silloncito colocado junto al tocador, se dejó caer en él, oprimiéndose el pecho con las manos. La tranquilidad que le infundieron mis palabras, habían destruido la nerviosa y falsa energía que la sostenía en pié.

—¿Estás mala? pregunté, sintiéndome dominado por el dulce sentimiento que siempre me embargaba en su presencia. ¿Quieres que me vaya?....

—No es nada, respondió la jóven procurando sonreir. Es que me has asustado.... ¡Esto no está bueno, Juan!

Bajé los ojos al oir tan sencillo reproche,

y no encontrando reparación más adecuada.

—Me iré, le dije.

—¿Pero por donde? Te verán salir por allí....¿Te verían subir Juan?

—Nadie; te juro que nadie.

—Pues dime en dos palabras lo que quieres decirme, y vete en seguida; pero que no te vean, por el amor de Dios!

—No me veran.

—¿Pero estabas loco, cuando subiste?

—Creo que sí, contesté.

Y sentí que una nubecilla parda, pero ligera, oscureció mi mente.

—¿Porqué me dices eso? Sólo algún motivo muy grave pudo haberte traido de este modo. Podías escribirme, sabes que ahora mi tio no está aquí. Ha de ser muy grave lo que te hace cometer esta falta....

—Sí; es muy grave; afirmé, á tiempo que una nube más espesa asombraba mi espíritu. Tan grave que no se puede escribir, y que me ha trastornado las ideas. Hoy he padecido mucho, mucho!

Mi voz tenía ya resonancias sombrías. Remedios inclinó la cabeza y murmuró:

—Así lo he creido, y esto es lo que más me ha hecho llorar.

—¡Tú has llorado! exclamé entre irritado y confuso.

—Mucho, Juan; contestó la niña.

Y al levantar ella la cabeza, ví que brillaban sus ojos, humedecidos por las lágrimas, y que tenía los párpados hinchados y enrojecidos.

—¿Crees que olvido á los que he amado? continuó con acento de dulce reproche. Pues no lo creas. Esta mañana fuí á misa con Pepa, que te quiere mucho, y pensando cuánto habrías de llorar hoy, la mayor parte de mis oraciones fueron para pedirle á Dios que te diera valor y conformidad. No he querido distraerme ni un momento durante el día, para no estar tranquila mientras tú padecías con tantos y tan tristes recuerdos. En la noche sí me remordió la conciencia no pensar más que en tí, y llamé á Pepa y nos pusimos á rezar; por eso no me había acostado todavía; pero esta vez sí hice lo que debía, pues hemos rezado dos horas por ella y sólo por ella.

—¡Por ella! repetí maquinalmente.

—Nada más, dijo Remedios; siempre será para mí el más triste día del año este catorce de Noviembre!.....

Sentí que los muebles giraron en mi derredor, que flaquearon mis rodillas, y apoyándome en el respaldo de un sillón para no caer, bajé la cabeza abatida á una por la vergüenza y el dolor.

—¡Mi madre! murmuré.

Y como si al conjuro de aquél nombre, todos mis sentimientos mezquinos cedieran el lugar á los más nobles y puros, y se abrieran las fuentes de mis ojos, corrieron en abundancia mis lágrimas y ensanchóse mi corazón como en mejores tiempos. Todos los sentimientos, todas las ideas, todos los reproches de mi conciencia despertaron juntos para agobiarme y herirme, en confusión tal, que fuí presa de pronto del mayor aturdimiento. ¡Mientras yo, enfangándome en el lodo de pasiones ruines, ideaba ruines proyectos, olvidaba el aniversario de la muerte de mi madre! ¡Y Remedios rezaba por ella, mientras yo asaltaba como ladrón el santua-

rio de su pureza virginal!..... ¡De aquél angel había yo desconfiado! No era más limpia y pura ¡miserable de mí! la blanca nube, que después de un día lluvioso, se levanta al nacer el sol, en la falda de los montes.

Quizá olvidé el sitio en que me encontraba y aun la presencia de Remedios, aturdido por tantas ideas que llenaban mi mente, y tantos dolores que laceraban mi corazón. Volví á la vida real con nervioso estremecimiento, al sentir la mano de la joven que me tocó el hombro, y oir su voz suave y afectuosa que decía muy cerca de mí:

—Hice mal en decirte esas cosas que renuevan tus pesares ¿verdad? Perdóname..... ¡Soy tan tonta!

Alcé la cabeza y miré breve instante los ojos de la pedreña, abrillantados por las lágrimas; tomé entre las mías su mano y tibia, y ahogada la voz en mi garganta, sin poder contestar á aquellas dulces palabras, puse silenciosamente mis labios en sus rosados dedos, sobre los cuales cayeron dos gotas ardientes de mis ojos. Sin susto ni precipitación retiró la joven su mano; pero yo no la

solté, y como obedeciendo á un pensamiento que me dominaba.

—¿Me quieres todavía? le pregunté.

—¡Que si te quiero! exclamó Remedios.

Y reveló su acento y mostró su semblante tan ingenuo asombro, que me avergoncé de haberle hecho tal pregunta.

—Lo sé, dije con arrebato; lo sé muy bien, ¡cómo que eres tan buena!

—El bueno eres tú, Juan. Si supieras! en días pasados me contaron que ibas á casarte con una hija del Gobernador que se llama Concha.

—¡Yo! Y creiste....

—¡Cómo había de creerlo, si sé que eres tan bueno y que me quieres tanto!

—¡Mucho! exclamé avergonzado y vencido por completo. ¡Eres mejor que los ángeles!

El viento empujó las vidrieras del balcón y ambos nos sobrecojimos.

—¿Qué tenías que decirme? me preguntó con inquietud.

—No sé....., respondí acongojado; no recuerdo..

—Tenías tanto interés!

—Pues no recuerdo.. Te lo diré después. ¿Me perdonas?

—¡Tonto! pero no vuelvas á hacerlo.

—¿Me lo perdonas todo?

—¿Cómo no si te quiero?

—¡Bendita seas! Adios!

—Adios....

Solté su mano, apagué la luz, y al descolgarme por el balcón oí sobre mi cabeza la voz de la niña que decía asustada:

—¡Ten cuidado!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVII

Un conocido viejo.

DESDE aquella noche quedé tan cierto de la inocencia de Remedios, que no me hicieran vacilar un punto si me presentaran mil pruebas en contrario más claras que la luz; y creí que tanto se había facilitado mi percepción política, que sudarían en vano para engañarme todos los Gavilanes del mundo. Mi juicio moral fué más limpio, puesto que al ausentarse la oscura noche en que había vivido, lo primero que se presentó á mis ojos fueron mis propias manchas; pero dominando en mi voluntad la necesidad de